

Una iniciativa cultural de importancia para San Sebastián: la creación del Museo Regional de Historia Natural

por

Joaquín Gómez de Llarena

Catedrático del Instituto Peñaflorida

En el mes de octubre de 1943 presenté a la Real Sociedad Vascongada el esquema de una moción, cuyas líneas generales vuelvo a reproducir aquí, confiado en que habrá de despertar el interés de los lectores del "Boletín", amantes de los progresos culturales de su región.

Dedicado a estudios geológicos del Norte de España y más especialmente de la provincia de Guipúzcoa, como colaborador del Instituto Geológico y Minero, comencé a recoger numerosas muestras de rocas y fósiles, que iba guardando en el Museo de Historia Natural del Instituto Peñaflorida, con la idea de formar poco a poco una colección, no solamente de interés didáctico para mis alumnos sino también de utilidad general para cuantos desearan conocer los materiales que forman el subsuelo de la región. A esta colección pensaba agregarle fotografías, mapas, maquetas en relieve, etc., con todo lo cual habría de constituirse un pequeño museo geológico de la provincia. Pero bien pronto pude darme cuenta de las dificultades surgidas frente a este propósito, a medida que la colección aumentaba: lo reducido del local a mi disposición, la inseguridad de su permanencia, debida a las necesidades docentes del Centro, su inaccesibilidad, muchas veces, al público deseoso de visitar estos Museos; todo lo cual me hizo pensar en la organización de un Museo Regional fuera del Instituto.

El carácter y la importancia de los Centros Oficiales de Enseñanza Media han ido variando rápidamente en estos últimos años. En otros tiempos, cuando el "Instituto Provincial de Guipúzcoa" se hallaba bien instalado y provisto de excelente material pedagógico, como correspondía a la categoría de primer Centro docente de la provincia y

como sucesor de las gloriosas instituciones culturales iniciadas en el siglo XVIII por los beneméritos fundadores de la Real Sociedad Económica Bascongada, disponía de un excelente Museo de Historia Natural, dotado de buenos ejemplares de animales disecados, de herbarios, rocas, minerales y fósiles; sin embargo, en su casi totalidad, estas



Figura 1.ª — Garza real; ejemplar abatido por el disparo de un cazador el día 29 de enero de 1945 y recogido vivo todavía en el jardín de la casa habitada por la alumna del Instituto Peñaflovida María Luisa López. La disección de esta pieza hecha por la Casa Nogués, de Barcelona, y facilitada por la intervención de la Casa Hijos de P. Merino, de Sebastián, ha sido costeada por don Manuel Laborde, de Andoain, quien cede al futuro Museo Provincial su propiedad.

muestras de los tres reinos de la Naturaleza eran extrañas a la región y por tanto el interés que ofrecía el museo era únicamente el didáctico, en beneficio, sobre todo, de los propios alumnos del Centro. Existían, no obstante, piezas de algún valor local, como por ejemplo, la ballena pescada en el año 1878 entre Guetaria y Zarauz, que más tarde fué llevada al Museo del Mar, en donde actualmente se halla expuesta. A pesar de que este museo de Instituto provincial era de modestas proporciones no dejaba de despertar el interés de algunos visitantes, curiosos de conocer las producciones naturales de Guipúzcoa, acaso sabedores de que en otros centros semejantes de España existían representantes de la flora, fauna y gea de la provincia o la región en donde estaban instalados. En efecto, aun dentro de los escasos medios de que siempre han dispuesto los centros oficiales de enseñanza y especialmente los Institutos, no es raro encontrar algunos de éstos con valiosas colecciones regionales, ya sea de rocas, fósiles o minerales, ya de herbarios o de pájaros disecados, mariposas, coleópteros, etc. Asimismo, existen también, tanto en ésta como en otras provincias, cen-

tros no oficiales de enseñanza con colecciones notables y dignas de ser visitadas por los curiosos. Pero todos estos museos, creados con fines principalmente docentes, al servicio, sobre todo, de los alumnos de sus respectivos centros, son limitados y están sujetos a la suerte que les depara el hallarse en manos de un profesor interesado o no en su conservación y aumento, expuestos a los frecuentes traslados de local y a merced del interés que el Estado o los propietarios de los centros docentes particulares quieran concederles. No llenan más que en un grado mínimo una necesidad que se siente cada vez más, a medida que la cultura de los pueblos aumenta: la de conocer su propio país, los minerales y rocas que lo forman, las plantas que lo visten y los animales que en él se crían.

En otras naciones del Continente Europeo existen, además de los grandes museos nacionales, otros regionales o locales de Historia Natural, de Arqueología, Prehistoria, etc., accesibles al público, bien presentados y de carácter permanente, los cuales, subvencionados por el Estado o por los organismos provinciales o locales, constituyen el adorno más brillante de muchos de estos sitios, que si no pueden mostrar al público pinacotecas de algún valor, les ofrecen, en cambio, ricas colecciones de objetos naturales, de interés no sólo para los turistas sino también para los especializados en estos estudios. Recuerdo, entre muchos de los por mí visitados, los de Littlehampton, en la costa Sur de Inglaterra, Roeshult en Suecia o Goslar en Alemania. Algunos

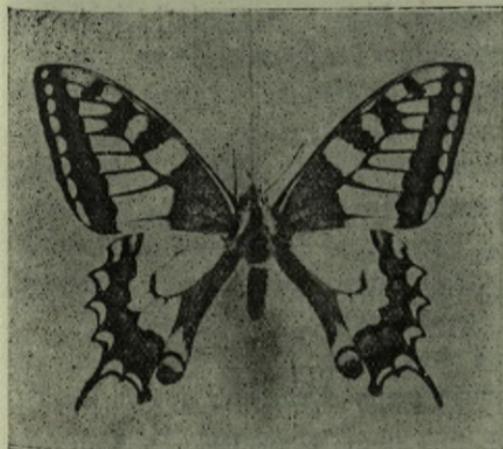


Figura 2.^a — Mariposa macaón, como ejemplo de insecto de bellas formas y de vivos colores que existe en el país. Las colecciones de insectos forman una de los más atrayentes objetos de los museos de Historia Natural.

de estos museos locales llegan a ser únicos en la posesión de ejemplares determinados de fósiles, pájaros disecados, insectos, etc., resultando así de un valor equivalente al que representa una colección de cuadros de afamados artistas conservada en una casa particular o en un lugar apartado de las grandes ciudades.

Como ejemplo excepcional de museo particular que ha llegado a poseer fama universal y a ser de los primeros de Historia Natural del mundo citaremos el de Senckenberg, en Francfort del Main (Alemania). Fundado por el médico Senckenberg a fines del siglo XVIII, recibió un impulso decidido por el interés que a él dedicó Goethe, amante de su pueblo natal y tan gran naturalista como poeta. La Sociedad de Historia Natural "Senckenberg" edita una revista de carácter popular muy apreciada, "Natur und Volk", celebra a menudo conferencias de gran interés y organiza excursiones muy concurridas.

San Sebastián se destaca entre las primeras en la vida cultural de las ciudades españolas. En prueba de ello posee el magnífico Museo de San Telmo, con sus admirables colecciones de cuadros y objetos de arte; posee el Museo Naval y el Aquarium, creados por la iniciativa de entusiastas donostiarros, conscientes del valor que para su ciudad representan tales instituciones, pero carece de un Museo de Historia Natural de Guipúzcoa digno de equipararse a estos otros organismos ya existentes. Nuestra ciudad, visitada por miles y miles de forasteros, no puede ofrecerles un Museo de la Tierra equivalente al de San Telmo o al del Mar. Lo que yo, en octubre de 1943 pedía a la Real Sociedad Vascongada era que se hiciera cargo de la iniciativa de promover este museo, elemento cultural indispensable en una ciudad de la categoría de San Sebastián. Con esto, la Sociedad cumpliría además uno de los deseos de sus fundadores, como se deduce de la indicación que hace Ramón de Munibe a su padre, el Conde de Peñaflores, en carta escrita desde el extranjero encareciendo la necesidad de que la "Económica Vascongada" forme un "gabinete" de Historia Natural y una buena Biblioteca (J. Urquijo: "Menéndez y Pelayo y los Caballeritos de Azcoitia", 1925, pág. 25).

El museo de Historia Natural de Guipúzcoa, del País Vasco (o como resultara más acertado llamarlo según el carácter que se le quisiera dar) sería un organismo de gran importancia para la provincia o para la región en muchos aspectos.

Por de pronto tenemos que decir que si merecen conservarse bien custodiadas las obras de arte, expresión elocuente de la inteligencia humana, no menos dignas de ello son también las de la Naturaleza, que, como sucede hasta ahora con los fósiles por ejemplo, sin que se les preste atención apenas, se pierden para siempre en minas y canteras, trincheras de ferrocarriles y carreteras, campos y montes, aniquilándose así a menudo tesoros inmensos y documentos únicos de la historia geológica de nuestro mundo.

En Oviedo, en una yesera cercana a la capital, salían de vez en cuando, empastados en el yeso, numerosos huesos que eran arrojados al fuego, ignorantes los propietarios del significado de la aparición de tales restos. Avisado por el ingeniero de la Jefatura de Minas de Oviedo, Sr. R. Arango, acudí a la yesera y después de informar a sus propietarios y obreros del interés que ofrecían estos huesos, que hasta entonces arrojaban al fuego, pude reunir al cabo de varios años, hasta que la yesera fué cegada por orden del Ayuntamiento, una colección de vertebrados fósiles del terciario continental inferior, actualmente en depósito en el Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid, única en España y que presenta únicos documentos para la historia de la vida como son las varias especies nuevas de antecesores del caballo y de tortugas terrestres, estas últimas acaso de los niveles más bajos en que han aparecido sus géneros. Existe también en el Museo de Madrid, procedente de la provincia de Castellón, un fragmento de tibia de un reptil gigantesco de la era secundaria; de este animal, que tendría unos 25 metros de longitud y que era semejante al *diplodocus*, especie de lagarto monstruo que vivió en Norteamérica, sólo se pudo salvar este resto, lo único que quedó de su esqueleto, que había sido destrozado y reducido a grava al ser descubierto en la trinchera de una carretera en construcción. En Gea de Albarracín, los ammonites, son utilizados, a menudo como grava por los peones camineros, que los recogen sueltos de la roca madre. Y más cerca de nosotros, la cantera de Monte Orobe, junto al ferrocarril, entre las estaciones de Cegama y Alsasua, de la cual se arrancan diariamente muchas toneladas de caliza destinada al balasto de las vías, contiene una extraordinaria riqueza en animales fosilizados de la época cretácea, entre los cuales son ya célebres los crustáceos de aspecto parecido al de la cen-

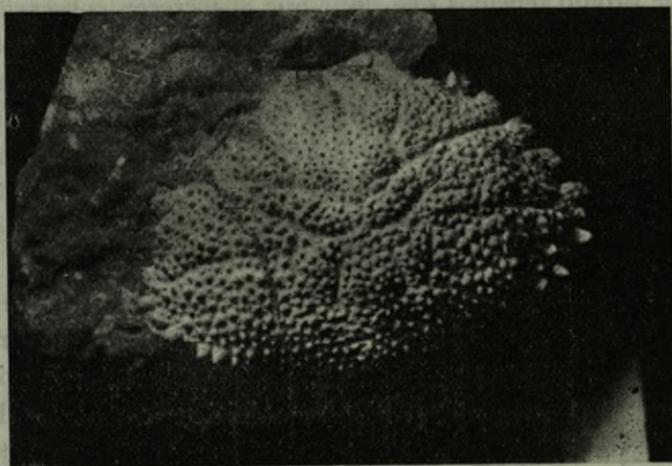


Figura 3.^a—*Distephania eentrosa* van Straelen *n. sp* Pequeño cangrejo, semejante a la centolla, cuyo caparazón se encuentra petrificado en numerosos ejemplares, en la roca caliza que diariamente se extrae por cientos de toneladas en la cantera del monte Orobe, junto a la vía del ferrocarril del Norte en el puerto de Etchegárate. Este animal vivía hace millones de años en lo que entonces era una isla de coral del mar cretáceo y que hoy constituye una cantera de excelente piedra blanca para el balastro de las vías del ferrocarril. La mayor parte de las especies de cangrejos y corales de este sitio son nuevas y lo han hecho ya famoso en el mundo científico, a pesar de haberse comenzado a conocer al iniciarse la segunda guerra mundial. Su descubridor, el P. M. Ruiz de Gaona, profesor de las Escuelas Pías de Tolosa, posee una nutrida colección de fósiles recogidos en él.

tolla, que muestran hasta en sus más finos detalles su carapacho bien reproducido en la piedra que los contiene. El descubridor de estos tesoros paleontológicos del monte Orobe, el P. Máximo Ruiz de Gaona, profesor de las Escuelas Pías de Tolosa, posee una espléndida colección. ¡Cuántas riquezas paleontológicas no se pierden así a diario, no sólo en nuestro país sino en todo el mundo, por ignorar el valor que tienen para la historia geológica de una región determinada! Estimo que la labor más inmediata que debiera plantearse un Museo de Historia Natural habría de ser la de archivar estos tesoros no sólo paleontológicos sino también de otros órdenes, ya que también es muy urgente recoger con el mayor cariño los restos de los últimos supervivientes de especies animales o vegetales que pronto han de desaparecer o que han desaparecido recientemente. Es bien conocido el caso del dodo, especie de paloma que, según datos históricos, vivía aún

hace unos tres siglos en la isla de Mauricio y de la cual sólo quedan muy pocos huesos conservados en el Museo Británico. Esta ave, que abundaba aún al ser ocupada la isla por los holandeses, fué aniquilada en pocos años de tal modo que únicamente se recuerda su existencia por estos escasos restos que, por casualidad, posee el Museo de Londres.

Si volvemos la vista a nuestro país, ¿dónde podremos contemplar muchos de los animales salvajes que, como el oso, no hace muchos siglos aún vivía en plena libertad en nuestros montes, y que ahora apenas

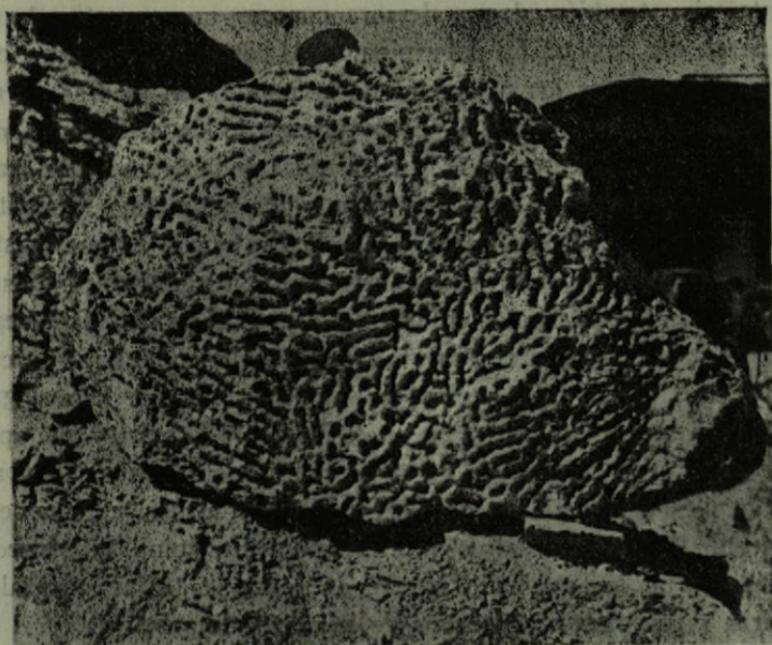


Figura 4.ª—*Placocoenia irregularis*, Reuss; madrepora que con muchas otras especies semejantes formaba la isla de coral del mar cretáceo, hace millones de años, que hoy constituye el monte Orobe, en Alsasua. En esta isla abundaban, además, los crustáceos y los braquiópodos, estos últimos de gran tamaño; los gasterópodos o moluscos de concha univalvo, etc. La cantera del Monte Orobe es un tesoro paleontológico de inestimable valor científico; si se encontrara en un país de intensa cultura e interés por las cosas científicas es posible que la explotación estuviera vigilada por un geólogo al servicio del Estado, quien cuidaría de recoger muchos de los fósiles que hoy se pierden para siempre destrozados como grava de las vías o consumidos por el fuego de las caleras. El ejemplar de la foto tiene de largo 47 cm., y se encuentra en el Museo del Instituto Peñaflorida.

existe refugiado en muy pocos lugares inaccesibles de Asturias o de los Pirineos de Aragón? Lo mismo se puede decir de ciertas aves de rapiña, de otras emigrantes o de paso, de algunos pequeños reptiles, etc.

El Museo Regional de Guipúzcoa podría recoger y custodiar estos tesoros de la Naturaleza del país, y esta sería acaso su labor más meritoria y urgente. Pero además, instalado en un lugar apropiado, ordenadas del modo debido sus colecciones, ayudadas por cuadros explicativos, paisajes pintados por buenos artistas, fotografías, diagramas, etcétera, sería un centro de interés general. Reunidas en él las producciones naturales del país, su visita sería útil no sólo al turista o al estudiante, sino también al que deseara conocer una muestra de roca, de mineral, etc., con un fin determinado. Al contratista que, por ejemplo, deseara conocer los mármoles de la región, las piedras de construcción, le bastaría acudir a él para enterarse de los yacimientos, de su constitución geológica, ya que el Museo habría de tener anotados cuantos detalles resultaran útiles en este aspecto y que pudieran ser facilitados sobre todo por la Jefatura de Minas de la Provincia. El que mostrara interés en estudiar las especies botánicas tendría a su disposición los herbarios; el cazador deseoso de enterarse de las aves propias de la región, las encontraría disecadas o conservadas en el Museo, aunque en cierto modo fueran accidentales, como los piquituertos, que hace algunos años llegaron a formar una plaga en el Norte de España y que apenas han dejado rastro después. El labrador que tuviera curiosidad por conocer detalles de las plagas de los campos encontraría colecciones de ellas acompañadas de cuadros explicativos... En suma, el Museo alcanzaría así un insospechado interés en todas las esferas sociales y cumpliría varios fines, todos ellos de la mayor importancia.

El interés del público por esta clase de centros está demostrado de modo bien elocuente por el elevado número de visitantes que en nuestra ciudad acuden al Palacio del Mar, no sólo durante el verano sino aun en las restantes épocas del año. En Madrid, el museo más concurrido es desde los primeros tiempos de su fundación, el de Ciencias Naturales. Por desgracia, el "Gabinete de Historia Natural", proyectado en 1752 por don Antonio de Ulloa y creado definitivamente bajo el reinado de Carlos III en 1771, ha sufrido una serie de penosas vicisitudes apenas iniciado y lo que debía ser archivo representante de los

grandes tesoros naturales que la Nación poseía en las Españas de Ultramar quedó reducido a un montón de ruinas al ser desahuciado por una simple orden del ministro de Hacienda en 1897 y quedar depositados sus restos en los sótanos de la Biblioteca Nacional. Gracias al tesón de unos cuantos profesores y, sobre todo, a la tenacidad del que después fué su director durante muchos años, don Ignacio Bolívar, insigne maestro de muchas generaciones de naturalistas y uno de los primeros entomólogos del mundo en su época, que acaba de fallecer en Méjico a la edad de 94 años, el primitivo "Gabinete de Historia Natural" resurgió a nueva vida hasta el extremo de contarse entre los mayores de Europa y América en algunas de sus colecciones, como, por ejemplo, las de insectos y minerales.

San Sebastián nos ofrece también muestras de este tesón y de esta voluntad que deben poseer los amantes de su pueblo. El Museo de San Telmo, el del Mar, el Aquarium, dan testimonio de ello. ¿Será posible organizar también este Museo de Historia Natural? En parte podemos decir que ya existe. En efecto, los peces y otros animales conservados en alcohol en los frascos expuestos al público que visita el Palacio del Mar, son elementos que pertenecen a la Historia Natural del país, si bien de un dominio distinto cual es el marino.

¿Cómo y dónde se habría de organizar este museo? A la "Sociedad Vascongada", como heredera directa de la gloriosa institución

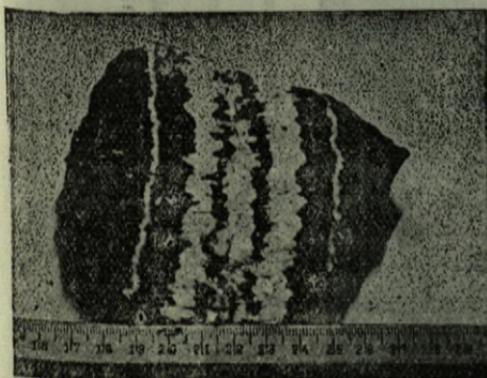


Figura 5.ª—Trozo de filón concrecionado de siderita (carbonato de hierro) y calcita (carbonato de calcio), de la mina de Miasuri, Irún. Esta pieza muestra bien la manera de formarse los filones metalíferos; desde los extremos de la pieza se observa una disposición simétrica de las capas alternando de siderita (oscuras) y de calcita (blanca) hasta llegar al centro, señalado por una banda oscura en medio de la masa blanca de calcita comprendida entre las divisiones 21 y 22 de la regla; la

grieta en donde se ha formado este filón se ha ido llenando alternadamente de siderita y de calcita hasta quedar cerrada y saturada por completo en su centro. Este ejemplar se guarda en el Museo del Instituto Peñaflorida.

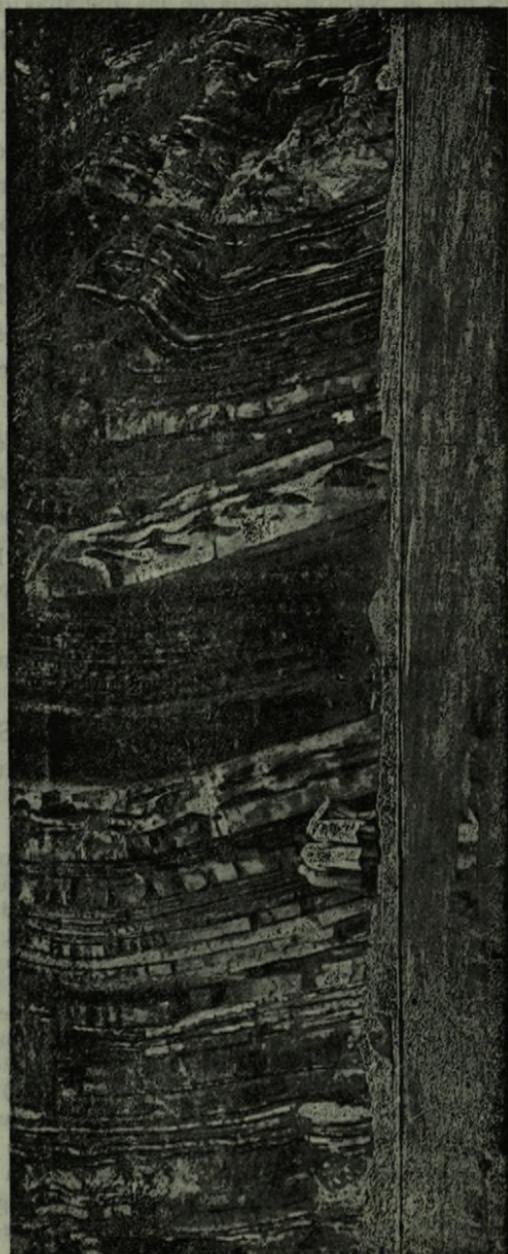


Figura 6.ª—Los terrenos que forman el suelo de San Sebastián están constituidos por capas de areniscas y pizarras plegadas y levantadas. En la superficie de algunas de estas capas o estratos se destacan las pistas del paso de los animales de la época en que se depositaron aquellos terrenos. Las rizaduras producidas por el oleaje en las playas y el paso de los pequeños cangrejos, gusanos, moluscos y otros animales, conservados y petrificados en estas rocas, nos demuestran la escasa profundidad en que se han consolidado tales terrenos que luego, afectados por un movimiento de empuje de la corteza terrestre han sido levantados y forman ahora la tierra firme por encima del m. r. Base del monte Igueldo, en la carretera del tennis. Noviembre 1942.

creada en el siglo XVIII, corresponde hacerse cargo de esta iniciativa y de su realización. Es seguro que pronto habría de tener la adhesión eficaz de los organismos oficiales, tales como el Estado, la Diputación, el Ayuntamiento y, sobre todo, la de los entusiastas de la idea de crear este elemento cultural tan importante para la ciudad, de la misma manera que, en su tiempo, pudo llevarse a cabo la fundación de la Sociedad Oceanográfica de Guipúzcoa y la construcción del Aquarium, gracias al celo de un grupo de donostiarras, entre los cuales se destaca el llorado don Vicente de Laffitte, tantos años presidente de aquella. El Museo de Historia Natural de Guipúzcoa ha de ser el resultado de la labor conjunta de muchos; entre los más valiosos colaboradores de él deben contarse los aficionados, especialmente los cazadores, algunos de ellos aportando como donación o en depósito los trofeos de sus hazañas que conservan disecados en sus casas y que habrían de lucirse mejor expuestos al público; los colectores de insectos de bellas formas, como las mariposas, los coleópteros, los neurópteros, etc.; por su parte, es seguro que los profesores de Historia Natural de los centros docentes tanto oficiales como privados, serían también elementos activos y constantes en el enriquecimiento de las colecciones del incipiente Museo.

Una vez organizado y en marcha este "Museo de Historia Natural de Guipúzcoa" debería adquirir un carácter permanente, al igual que el de San Telmo, tutelado por un patronato y bajo la protección de las entidades oficiales. Todos debemos aspirar a que este nuevo museo llegue a adquirir pronto una importancia grande para que pueda merecer el ser visitado, utilizado y admirado por propios y extraños, como ya lo son el Aquarium, el Museo del Mar y el de San Telmo, de los cuales sería el más valioso complemento, mostrando así también una vez más la capacidad de interés por las manifestaciones culturales que nuestra ciudad posee.

